

EL CORONEL Y ACADÉMICO DON RAFAEL FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

JOAQUIN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando conocí en 1968 al entonces teniente coronel Fernández González, dos hechos me llamaron poderosamente la atención: su clara vocación docente, profesoral, y su apasionamiento por todo lo cordobés.

Perteneció el coronel Rafael Fernández a esa generación truncada por la guerra civil, teñida de mil absurdos colores, transmutadora de vocaciones e incluso de sentimientos.

Su padre, don Agilio Fernández García, que fue ilustre catedrático y durante algún tiempo director del cordobés instituto de segunda enseñanza, único a la sazón en nuestra ciudad, lo orientó hacia el estudio de la Química tras graduarse de bachiller en el Real Colegio de la Asunción, anejo a dicho centro docente.

El "alma mater" sevillana le confirió, en 1935, el título de licenciado en Ciencias Químicas, realizando en la Complutense los estudios del doctorado.

En la villa del oso y el madroño, que fuera otrora "castillo famoso", simultaneó la docencia en el prestigioso instituto de San Isidro -vivero de tantas y tantas figuras famosas- con la investigación físico-química en la no menos acreditada Fundación Rockefeller.

Corría el año 1936, crucial y decisivo en la vida de España. Veinticuatro siglos antes, el griego Platón, en su libro *La República*, había diseñado el Estado justo que conviene a las almas justas, con tres clases sociales: los dirigentes o intelectuales, atesoradores de la razón; los guardianes o militares, depositarios del ánimo; y los campesinos y comerciantes, sede del apetito.

Nuestro joven químico, preparado ya para ese primer estamento, troca la muceta y los tubos de ensayo por las armas y el honroso uniforme con estrellas, ocupando plaza coyunturalmente entre los platonianos depositarios del ánimo. Unido en un primer momento a la sublevada guarnición militar cordobesa, conoce el frente de combate. Segovia, en su Academia de Artillería, instruye al joven licenciado en el manejo de las máquinas de guerra. El tan castigado frente de Peñarroya, entre otros, fue testigo de sus actuaciones bélicas como oficial.

Pero como tantas veces ocurre en la vida, lo provisional se hace perdurable. La milicia le había dado un puesto seguro, al que él aportaba sus conocimientos físico-químicos, tan necesarios a los artilleros. Su libro *Artificieros ordinarios*, en dos volúmenes, sirvió de texto en varios centros docentes del Ejército.

Segovia nuevamente, Murcia, Gerona, Córdoba, Rincón del Medik, Valencia y Madrid son hitos o jalones de su carrera militar.

Cinco años como comandante en la capital de España propician su reencuentro con los laboratorios del antiguo Instituto Rockefeller, ya absorbido por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas bajo la nueva denominación de Instituto Alonso de Santa Cruz; en él trabaja como ayudante de rayos X y por sus investigaciones, presentadas en la Complutense, se le otorga el título de doctor en Ciencias Químicas. Es el año 1954.

Exigencias del escalafón y de los ascensos militares le llevan sucesivamente a Córdoba, a Sevilla y de nuevo a Córdoba.

Es ahora cuando el coronel doctor inicia una larga y fecunda labor historiográfica estudiando en profundidad las principales fortalezas del antiguo reino de Córdoba en la Baja Edad Media: Almenara, Luque, Aguilar, Belalcázar, Toledillo, etc., publicados todos ellos en el *Boletín* de la Corporación académica o en la desaparecida revista *Al-Mulk*, como había hecho anteriormente con su trabajo "Asentamientos arqueológicos de la provincia de Córdoba".

Esta Real Academia, que abre sus puertas y sus brazos a quienes con la inteligencia laboran en el campo de la ciencia y de la cultura, lo elige miembro correspondiente en 1963 y numerario cinco años más tarde.

No cesa su actividad: trabajos de investigación sobre el ejército hispano-musulmán; sobre Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales en el cincuenta aniversario de su muerte; sobre los hermanos Téllez de Meneses, que fueron los primeros alcaides de Córdoba en el siglo XIII; sobre Diego de Ugalde y Ugarte; sobre el notario y poeta Aureliano González Francés, su abuelo materno; y sobre la creación en Córdoba el año 1516 de una compañía de infantería de ordenanza. Pero su "opera magna" es un amplio estudio histórico de la villa de Posadas, publicado por entregas y parcialmente póstumo.

Desempeñó en la Academia el cargo de depositario con celo inusitado y eficacia probada. Su sentido del deber alcanzaba sus máximas cotas en la exigencia a sí mismo.

Recuerdo algunas anécdotas personales, que paso a referir.

Con frecuencia hablábamos de un paisano mío, Nicolás Sánchez, panadero ya difunto, con el que mantuvo larga y sincera amistad, justificando ésta con el elevado sentido del honor y la hombría de bien del fabricante de pan, quien solía acompañarlo en sus andanzas arqueológicas por la campiña santaellense.

Cuando en 1981, por haber quedado totalmente obsoleta la anterior, recibí con gozo el mandato de la Real Academia de preparar la octava edición del *Anuario y nómina* de la misma, gratificante tarea en la que invertí ilusión y trabajo, tiempo y viajes, don Rafael Fernández informó negativamente en varias ocasiones -no por otro motivo que el de evitar un déficit a la Corporación, y así se justificaba siempre al disculpárseme- hasta que fue posible alcanzar suficientes subvenciones para ese gasto específico. El libro, hoy nuevamente desfasado al cabo de once años, dio cabida a los cambios de todo tipo, recuperó nombres de Académicos incomprensiblemente "borrados", actualizó direcciones y corrigió datos erróneos. A la unánime felicitación corporativa, don Rafael, caballerosamente, unió la suya particular.

He de reseñar con profunda satisfacción que cada vez que un artículo suyo veía la luz en nuestro veterano *Boletín* y recibía las correspondientes separatas enviadas por mí como director del mismo, se aprestaba con diligencia a agradecerme los envíos y la corrección de las inevitables erratas de los originales de sus trabajos.

Y por último, referiré que en repetidas ocasiones me rogó que hiciera un estudio crítico-antológico de la producción poética de su abuelo materno, el referido notario don Aureliano González Francés, recomendándome suma objetividad en la apreciación de sus versos y no dejarme condicionar por su parentesco. Ese bien escaso al que llamamos tiempo me ha impedido hasta ahora hacerlo, pero confío en que Dios me dé vida y salud para llevarlo a cabo algún día.

Jerez de la Frontera puso fin a la verdadera actividad militar del coronel Fernández González, aunque el Gobierno Militar de Córdoba supo de su último destino.

La Real Academia de la Historia lo nombró Correspondiente en 1971 y desempeñó una vocalía de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba.

Así, recobrando su destino intelectual de científico y de historiador, sin apartarse de su profesión de militar, Rafael Fernández González, el hombre, el miembro de una generación truncada por la guerra y teñida de mil absurdos colores, rindió culto, en la teoría platónica, al ánimo y a la razón.

Sirvan estas líneas de homenaje póstumo al compañero Académico, al historiógrafo, al amigo, con amistad renovada en sus sobrinos, a los que, desde hace bastantes años, aprecio sinceramente.